

Un día en las carreras

Me ha servido el famoso título de la película de los Hermanos Marx para volver a escribir un rinconcillo y es que el fin de semana pasada estuvimos M. Carmen y yo de cuneteros puros y duros en el Rallye de Sevilla.

Algunos se atreven a decir que los organizadores ó la prensa de los Rallyes no sabe de los problemas y la realidad del aficionado de cuneta, pues bien hace unos días volvimos a nuestros orígenes un buen grupo de amigos entre los que se encontraban un batiburrillo de todos los pelajes: organizadores, oficiales de todo tipo de licencias, periodistas y simples admiradores de este deporte.

Algunos de los componentes de este exquisito grupo disponían de pases prioritarios, pero no se utilizaron, por un día todos fuimos como el común de los mortales que acude a ver un rallye. Los coches aparcados donde nos dijo la Guardia Civil y andando hasta llegar a la meta del tramo y de ahí para adentro hasta donde nos pusimos y una vez allí debidamente situados a esperar que vinieran primero la Regu Sport y después los de verdad.

Eché de menos desde el principio más público, más aficionados con los que compartir conocimientos y sobre todo seguir sintiendo los problemas que tanto agobian a los rallyes en este momento. Pero no fue posible pues no entendíamos porqué, pero apenas se contaban con los dedos de las manos, los aficionados que se ubicaron próximos a la llegada del tramo 2. Para la segunda pasada anduvimos un poquito más y antes de que pasaran los coches ya nos habíamos jalado el correspondiente bocata, imprescindible para ser cunetero.

Alguno de los amigos que nos juntamos no pudieron resistirse a opinar sobre el nivel del Andaluz en todos los aspectos; la parca rapidez de algunos equipos, la pronta rotura de coches que llevan toda la vida sin pasar del primer o segundo tramo ó la escasa repercusión que el rallye había tenido en los días previos fueron debates que nos ocuparon gran parte de la mañana. Y lo cierto es que desde la cuneta, los rallyes sin público dan mucha tristeza y aunque en ocasiones al Organizador le complica la vida un público indisciplinado, al participante le encanta ver gente en los tramos – el piloto que diga que no los ve, miente- y nadie se compra un traje para guardarlo en el armario sino para ponérselo y lucirlo.

Tras el cafelito en Aznalcollar, nos fuimos al que siempre le hemos llamado tramo de El Alamo, que acababa antes del puente donde Juan Ángel Ruiz en 2006 casi acaba con el Subaru. Llegamos pronto, nos metimos en el tramo con el coche y a esperar; seguimos con las disquisiciones sobre la situación actual de los rallyes y cómo este año cuesta la misma vida juntar 25 coches a correr, de los cuales 10 suelen ser de la provincia o muy cercanos.

Dos pasadas a los tramos 6 / 8 y para casita. Cuando salíamos del tramo, en los últimos metros pudimos comprobar otro de los problemas con los que se enfrentan los Organizadores de rallyes y es el estado en el que quedan las carreteras. Al menos 200 metros antes de la llegada, el asfalto había dejado paso a grandes cantidades de piedras, chinos y otros elementos sólidos que a punto estuvo mi buen amigo Paco Molino (Peugeot 206 Gr A) de chafar la Seat Alhambra de los cronometradores de la Meta. Aquella es una carretera por la que pasan 4 coches al año, pero si una vez abierto el tramo pasa un motorista y se cae a alguien se le complica la vida.

El grupito de *tiffossi* ocasionales – cada uno de una parte de Andalucía y Extremadura – nos despedimos hasta otra y de vuelta en el coche hicimos reflexiones en voz alta comprendiendo en parte esa desolación que puebla las cunetas y que en alguna ocasión he referido desde el Rincón. Con la ruina que hay, desplazarse a ver un rallye a 100, 200 o 300 km de casa para ver correr – o en algunos casos, participar- a 20 coches, que es lo que había después del segundo tramo, pues va a ser que no. Es muy importante que intentemos salir de este desánimo colectivo en el que hemos entrado; los pilotos hacen encaje de bolillos para tomar la salida en una prueba y los organizadores qué os voy a contar pero sin el cunetero, sin toda esa gente que hasta hace poco compraba el autopedo para enterarse de lo último, nos quedaremos sin pruebas.

En algún sitio leí ó escuché un comentario de que la coincidencia del Rallye de Sevilla con la Subida a Falperra (Doscientos y pico de inscritos) no dejaba lugar a dudas de dónde ir, pero nunca debemos olvidar que apoyar lo nuestro es contribuir a su existencia y está claro que cada uno con su dinero va donde quiere y que muy posiblemente no haya color entre una y otra prueba, pero al paso que vamos en pocos años los rallyes regionales pasarán a la historia.

Pero no quiero acabar de forma negativa pues ya alguno me lo ha recriminado; pasamos un día extraordinario que aconsejo a todos los oficiales y organizadores de pruebas que no suelen pisar las cunetas, pues siempre me dijo mi padre que no olvidara nunca mis orígenes y los míos fueron arrimando vallas en una Subida a Vejer de 1979.

Ser cunetero es una terapia buenísima y una forma fantástica de pasar un sábado cualquiera, allí en el monte de cualquier carretera provincial cercano a cualquier pueblecillo que nunca se te ocurriría ir si no fuera por el rallye, puedes aprender mucho de este mundillo, puedes filosofar allí debajo de unos chopos, como yo hice con Jesús Adorna, y conocer a gente que posiblemente no vuelvas a ver en tu vida, personas normales y corrientes con las que sin saberlo compartes esta maravillosa locura de los rallyes. Porque no me digáis que pegarse un madrugón, una *panzá* de andar, pasar calor para –como diría mi madre- ver coches pasar, es para planteárselo, pero este es un bendito veneno que a muchos nos corroe y necesitamos sentirlo; el famoso plomillazo que algunos tenemos desde pequeño.

Pues eso, que a ver si somos más los que nos vemos por las cunetas.